

WILL HUNT

SUBTERRÁNEO

UNA HISTORIA HUMANA DE LOS MUNDOS
QUE EXISTEN BAJO NUESTROS PIES



CRÍTICA

Will Hunt

Subterráneo

Una historia humana
de los mundos que existen
bajo nuestros pies

Traducción castellana
de Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2020

Subterráneo. Una historia humana de los mundos que existen bajo nuestros pies
Will Hunt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Underground. A Human History of The Worlds Beneath our Feet*

© 2018 by Will Hunt

© de la traducción, Efrén del Valle, 2020

Diseño e ilustración de la cubierta: © David Sierra

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-189-2

Depósito legal: B. 1207 - 2020

2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

DESCENSO

Existe otro mundo, pero está en este.

PAUL ÉLUARD

Encuentra indicios allá donde vayas. Sal por la puerta de casa y nota bajo los pies el rumor de los túneles y cables eléctricos del metro, acueductos mohosos y tubos neumáticos, todos ellos entrelazándose y solapándose como hilos en un gran telar. Al fondo de una calle tranquila, encuentra el vapor emanando de un conducto de ventilación, que puede salir de un túnel oculto en el que unos marginados habitan unas chabolas desmañadas o de un búnker clandestino con densos muros de cemento al que huirá la élite para escapar del fin de los días. En un paseo por unos tranquilos pastos, pasa la mano por un montículo cubierto de hierba que podría ocultar la tumba de una antigua reina tribal o el fósil de una bestia prehistórica con una larga y serpenteante columna. Camina por la sombra de una pista forestal, pega la oreja al suelo y escucha a las hormigas cavar una metrópolis surcada por diminutos pasadizos en espiral. Subiendo la ladera de una montaña, huele el aroma de la tierra que despiden una delgada grieta, el signo de una gigantesca cueva escondida en la que

los muros de piedra están cubiertos de pinturas ancestrales hechas con carbón. Y allá donde vayas, a cada paso que des, siente un temblor proveniente de las profundidades, donde cuerpos titánicos de roca se mueven y trituran entre sí, lo cual hace estremecer al planeta.

Si la superficie de la Tierra fuera transparente, nos pasaríamos días tumbados boca abajo contemplando ese maravilloso terreno estratificado. Pero, para los que habitamos la superficie, en un mundo bañado por la luz del sol, el subsuelo siempre ha sido invisible. La palabra que utilizamos en inglés para el inframundo, «*hell*», tiene su origen en *kel-*, u «ocultar», originaria del protoindoeuropeo; en griego antiguo, *Hades* significa «el invisible». En la actualidad contamos con dispositivos modernos —georradares y magnetómetros— que nos ayudan a visualizar el subsuelo, pero incluso las imágenes más nítidas son distantes y neblinosas y nos dejan como a Dante intentando atisbar las profundidades: «Era tan oscuro, profundo y nebuloso/que aun hundiendo de fijo la mirada/no alcanzaba su fondo tenebroso». En su oscuridad, el subsuelo es el paisaje más abstracto de nuestro planeta, siempre más metáfora que espacio. Cuando describimos algo como «subterráneo» —una economía ilícita, una *rave* secreta, un artista por descubrir— normalmente no estamos hablando de un lugar, sino de un sentimiento: algo prohibido, tácito o más allá de lo conocido y lo corriente.

Como criaturas visuales —nuestros ojos, escribía Diane Ackerman, son los «grandes monopolistas de nuestros sentidos»— nos olvidamos del subsuelo. Somos chovinistas de la superficie. Nuestros exploradores más célebres salen al exterior y suben hacia arriba. Hemos caminado sobre la Luna, introducido vehículos de exploración en volcanes marcianos y cartografiado tormentas

electromagnéticas en el espacio exterior. El espacio interior nunca ha sido tan accesible. Los geólogos creen que más de la mitad de las cuevas del mundo están por descubrir, enterradas bajo una corteza impenetrable. El viaje desde donde nos encontramos hasta el centro de la Tierra es equivalente a un viaje de Nueva York a París y, sin embargo, el núcleo terrestre es una caja negra, un lugar cuya existencia aceptamos por un acto de fe. Lo máximo que nos hemos adentrado en el subsuelo es el pozo superprofundo de Kola, en el Ártico ruso, que llega hasta los doce kilómetros, menos de la mitad de un uno por ciento de la distancia hasta el centro de la Tierra. El subsuelo es nuestro paisaje fantasma, que se extiende siempre oculto bajo nuestros pies.

Pero de niño sabía que el subsuelo no siempre era invisible; para ciertas personas podía quedar al descubierto. En la vieja edición que tenían mis padres del Libro de los mitos griegos de D'Aulaire leí acerca de Ulises, Hércules, Orfeo y otros héroes que franquearon abruptos portales de la Tierra, cruzaron el río Estigia en la barca de Caronte, esquivaron al Cancerbero y entraron en el Hades, el reino de las sombras. El que más me cautivó fue Hermes, el dios mensajero con su casco y sus sandalias alados. Hermes era el dios de las fronteras y los umbrales y quien orientaba a las almas de los muertos hasta el Hades (llevaba el maravilloso título de psicopompo, que significa «guía de almas»). Mientras otros dioses y mortales obedecían los límites cósmicos, él se precipitaba sin cortapisas entre la luz y la oscuridad, entre las alturas y el subsuelo. Hermes, que se convertiría en santo patrón de mis excursiones bajo tierra, era el verdadero explorador subterráneo, que atravesaba la oscuridad con claridad y elegancia, que veía el inframundo y sabía rescatar su sabiduría enterrada.



El verano que cumplí dieciséis años, cuando el mundo parecía tan pequeño y conocido como la palma de mi mano, descubrí un túnel ferroviario abandonado que pasaba por debajo de mi barrio en Providence, Rhode Island. El primero que me habló de él fue un profesor de ciencias del colegio, un hombre menudo y patilludo llamado Otter que conocía hasta el último surco secreto de todos los paisajes de Nueva Inglaterra. Según me dijo, en su día transitaba el túnel una pequeña línea de carga, pero eso fue hace años. Ahora era una ruina llena de barro, basura, aire viciado y quién sabía qué más.

Una tarde encontré la entrada, que estaba oculta tras unos densos arbustos detrás de la consulta de un dentista. Estaba rodeada de enredaderas y habían grabado la fecha de construcción, 1908, en el cemento de la parte superior. El ayuntamiento había

bloqueado el acceso con una puerta metálica, pero alguien había abierto un pequeño pasaje. Con unos amigos, inicié el descenso mientras los haces de nuestras linternas se cruzaban en la oscuridad. El barro nos cubría los zapatos y el aire era denso. En el techo había formaciones de estalactitas perladas con forma de pezón cuya agua nos goteaba en la cabeza. A medio camino nos retamos a apagar las linternas. Cuando el túnel se sumió en la oscuridad más absoluta, mis amigos gritaron para probar el eco, pero yo contuve la respiración y me quedé quieto, como si moviéndome pudiera salir volando. Cuando llegué a casa aquella noche saqué un viejo mapa de Providence. Luego puse el dedo sobre la entrada del túnel y seguí hasta el otro extremo. No podía creérmelo: el túnel pasaba casi justo debajo de mi casa.

Aquel verano, los días que no tenía compañía me calzaba unas botas y entraba en el túnel. No sabría explicar qué me atrajo y, desde luego, nunca lo hice con ninguna misión en particular. Contemplaba los grafitis o pateaba viejas botellas de licor de malta. A veces apagaba la linterna para ver cuánto aguantaba a oscuras hasta que empezaba a ponerme nervioso. En la medida en que fuera consciente de mí mismo, cuando tenía dieciséis años consideraba que aquellos paseos eran impropios de mí. Yo era un adolescente inseguro, flacucho, con los dientes separados y gafas de bibliotecario. Cuando mis amigos empezaban a enrollarse con chicas, yo seguía teniendo en el dormitorio un terrario con crías de rana de árbol. Leía libros sobre peripecias ajenas sin pensar nunca en embarcarme en aventuras propias. Pero algo en el túnel me cautivó. Por las noches me tumbaba en la cama imaginándolo debajo de mi calle.

Al final de aquel verano, después de una intensa tormenta, acababa de entrar en el túnel cuando oí un murmullo inesperado

más adelante. Alarmado, me di la vuelta, pero decidí seguir caminando pese a que el ruido era cada vez más fuerte. En las profundidades del túnel encontré su origen: una fisura en el techo —una tubería rota o tal vez una fuga— de la cual caía una cascada de agua. Justo debajo vi un cubo de playa volcado. Luego vi una lata de pintura y, de repente, un montón de recipientes colocados boca abajo —latas de aceite y cerveza, *tupperwares*, bombonas de gas, latas de café— en una gigantesca formación organizada en misteriosas circunstancias por una persona a la que no conocía. El agua repiqueteaba en los recipientes y creaba una canción reverberante mientras yo permanecía inmóvil en la oscuridad.

Con los años olvidé aquellos paseos subterráneos. Abandoné Providence, fui a la universidad y seguí con mi vida, pero mi antigua conexión con el túnel nunca desapareció del todo. Igual que una semilla echa raíces silenciosamente y madura oculta en la tierra antes de salir a la superficie, mis recuerdos del túnel germinaron durante años en el fondo de mi mente. No fue hasta mucho después, tras una serie de encuentros inesperados con el subsuelo de la ciudad de Nueva York, cuando reaparecieron mis viejos recuerdos del túnel y el misterioso altar de cubos. Cuando lo hicieron, me atraparon con una ferocidad que puso mi imaginación patas arriba y alteró profundamente mi concepto de mí mismo y mi lugar en la arquitectura del mundo.

Llegué a amar el subsuelo por su silencio y sus ecos. Me encantaba que incluso el viaje más fugaz a un túnel o una cueva pareciera una huida a una realidad paralela, igual que los personajes de los libros infantiles franquean un portal y se adentran en mundos secretos. Me encantaba que el subsuelo ofreciera divertidas aventuras como las de Tom Sawyer al plantear un enfrentamiento

con los miedos más eternos y elementales de la humanidad. Me encantaba contar historias sobre el subsuelo —reliquias halladas bajo las calles de la ciudad o rituales celebrados en las profundidades de una cueva— y la sorpresa que generaban en los ojos de mis amigos. Sobre todo me sentía cautivado por los soñadores, visionarios y excéntricos que atraía el subsuelo, gente que había oído una especie de canto de sirena y se había entregado a explorar, crear arte o rezar en el mundo subterráneo, personas que habían cedido a la obsesión de un modo que creía entender o que al menos quería entender. En la oscuridad, pensaba que tal vez encontraría una perversa variedad de iluminación.

Al cabo de unos años convencí a una fundación de investigación, y más tarde a varias revistas y una editorial, de que me proporcionaran fondos para investigar esas cosas y gasté un montón de dinero explorando espacios subterráneos en distintos lugares del mundo. Durante más de una década descendí a catacumbas de roca, estaciones de metro abandonadas, cuevas secretas y búnkeres nucleares. Todo empezó como un intento por comprender ese interés, pero, con cada descenso, a medida que me aclimataba a las resonancias del paisaje subterráneo, afloraba una historia más universal. Vi que todos nosotros, la especie humana, siempre hemos sentido una callada atracción por el subsuelo, que estamos tan conectados con ese territorio como con nuestra propia sombra. Desde que nuestros ancestros empezaron a narrar historias sobre los paisajes que habitaban, las cuevas y otros lugares situados bajo nuestros pies nos han aterrado y cautivado, han forjado nuestras pesadillas y fantasías. Los mundos subterráneos, según descubrí, recorren nuestra historia como un hilo secreto: han guiado de formas sutiles y profundas cómo nos vemos a nosotros mismos y han modelado nuestra humanidad.



El subsuelo se abrió lentamente en pequeñas grietas astilladas, como una trampilla bajo mis pies. Empezó el primer verano que viví en Nueva York, mientras trabajaba para una revista en Manhattan y vivía en Brooklyn con mis tíos y mis primos Russell y Gus. Después de pasarme la adolescencia imaginándome como un futuro neoyorquino que daría largos y extáticos paseos nocturnos por Manhattan, absorbiendo cada punto de luz que emanara de las ventanas de los apartamentos, la ciudad me resultaba impenetrable. Me empequeñecía entre la multitud, tartamudeaba al hablar con los dueños de las tiendas de alimentación y me bajaba en la parada de metro equivocada y acababa deambulando por Brooklyn sintiéndome un paleta demasiado avergonzado para pedir indicaciones.

Una noche que me sentía especialmente amedrentado por la ciudad estaba en el Bajo Manhattan, esperando el metro en uno

de esos andenes muy profundos en los que en verano casi puedes oler el lecho de granito de la ciudad, cuando vi algo que me desconcertó. En la oscuridad del túnel se materializaron dos hombres jóvenes; llevaban linternas frontales y la cara y las manos ennegrecidas de hollín, como si hubieran pasado días en una cueva profunda. Recorrieron las vías a toda prisa, subieron al andén justo delante de mí y desaparecieron por las escaleras. Aquella noche volví a casa con la frente apoyada en la ventanilla del tren, empañando el cristal e imaginando un laberinto de espacios escondidos bajo las calles.

Los jóvenes con las linternas eran exploradores urbanos, parte de una imprecisa confederación de neoyorquinos que habían convertido en un pasatiempo el infiltrarse en espacios prohibidos y secretos bajo la superficie de la ciudad. Era un reino formado por muchas tribus: algunos eran historiadores que documentaban la grandeza de los lugares olvidados de la ciudad y otros eran activistas que entraban ilegalmente para reclamar de forma simbólica los espacios corporativizados de Nueva York. Había también artistas que organizaban instalaciones y espectáculos secretos en las capas oscuras de la ciudad. En aquellas primeras semanas, mientras intentaba orientarme en Nueva York, me quedaba despierto hasta altas horas estudiando fotografías de lugares ocultos realizadas por exploradores: estaciones de metro abandonadas durante décadas, salas de control en la red de distribución de agua y antiguos refugios antiaéreos cubiertos de polvo, los cuales resultaban tan exóticos y misteriosos como monstruos marinos nadando en las profundidades del océano.

Una noche, mientras hojeaba los archivos de un explorador, me sorprendió ver una fotografía del túnel que había explorado de niño en Providence. Hacía años que no pensaba en la vía que

se adentraba en la oscuridad y en el «1908» tallado en la entrada. La intimidación de aquel encuentro casual fue casi inquietante, como si alguien hubiera abierto una trampilla en mi cerebro y permitido que un montón de recuerdos enterrados salieran a la superficie. Según descubrí, el fotógrafo era un hombre llamado Steve Duncan, un individuo elegante, brillante y probablemente trastornado que acabaría convirtiéndose en mi primer guía en el subsuelo.

Quedamos una tarde para explorar el Bronx, donde Steve estaba planeando una excursión por una vieja alcantarilla. Me llevaba seis o siete años y tenía el pelo rubio, los ojos azules y la constitución larguirucha de un escalador. Había empezado a explorar durante su primer año en la Universidad de Columbia, donde se colaba en una red de túneles de vapor que discurría por debajo del campus. Una noche se metió en un conducto de ventilación de una pared y apareció en una sala repleta de material científico putrefacto. Era el almacén de la primera versión de lo que acabaría convirtiéndose en el Proyecto Manhattan. La máquina verde y protuberante situada en el centro de la sala era el acelerador de partículas original, una extraña joya de la historia que permanecía oculta.

Aquello le resultó fascinante y no tardó en cambiar su especialidad en Ingeniería por la de Historia urbana. Cuando no estaba estudiando, empezó a explorar túneles ferroviarios. Más tarde se ponía unas botas de pescador y vadeaba las alcantarillas y, al poco, empezó a trepar a lo alto de los puentes de suspensión, donde tomaba fotografías omniscientes de la ciudad. Con el paso de los años se convirtió en un historiador y fotógrafo poco convencional que poseía unos conocimientos alarmantemente detallados sobre la infraestructura de la ciudad (periódicamente, el

Departamento de Protección Medioambiental, que supervisaba el alcantarillado municipal, intentaba contratarlo pese a sus métodos de investigación ilegales). Steve era un cruce entre empollón y delincuente. Era delgado y le quedaban restos de un defecto del habla que padecía de niño, pero bebía como un cosaco, tenía una sonrisa pícaro que a las mujeres les encantaba y se comportaba con afectación heroica. De joven había contraído una forma rara de cáncer de huesos en la pierna y había estado a punto de morir, una experiencia que parecía infundir urgencia y vitalidad a todo cuanto hacía. Podía pasarse la noche desentrañando el significado de los varios acrónimos grabados en las tapas de las alcantarillas de la ciudad o hablando largo y tendido sobre cambios en el caudal de sistemas de aguas residuales de la Europa del siglo XIX y luego enzarzarse en una pelea de bar.

Aquella tarde zigzagueamos entre las rejillas del alcantarillado utilizando las linternas para seguir la ruta del conducto. Mientras avanzábamos, Steve hablaba con amor evangélico del rompecabezas que formaban los sistemas invisibles de la ciudad. Veía Nueva York como un organismo gigantesco y cambiante con numerosos tentáculos del cual los habitantes de la superficie solo veían una parte. Su misión era volver a conectar a la gente con el aspecto oculto del mundo. Deseaba que todas las tapas de alcantarilla de la ciudad fueran de cristal para que las personas pudieran contemplar el subsuelo en cualquier momento.

—La mayoría de la gente se mueve por el mundo en dos dimensiones —decía—. No tienen ni idea de lo que hay debajo. Cuando lo ves, entiendes cómo funciona la ciudad. Pero es más que eso. Ves el lugar que ocupas en la historia, tu encaje en el mundo.

En Steve encontré una encarnación de Hermes, que era capaz de ver una topografía paralela. «Creo que aquí también hay mu-

chas cosas invisibles», escribía Walt Whitman en *Hojas de hierba*. Steve veía lo invisible y yo también quería verlo.

Mi primer descenso fue comedido: un paseo por el túnel del West Side —conocido entre los exploradores y grafiteros como Freedom Tunnel, o Túnel de la Libertad—, que discurre unos cuatro kilómetros por debajo de Riverside Park, en la zona del Upper West Side de Manhattan.

Una mañana de verano me colé por una rendija de una valla situada cerca de la calle 125.^a y me dirigí a la entrada del túnel, que era voluminosa, aproximadamente seis metros de alto por el doble de ancho. Más que oscuro, el lugar era crepuscular. Cada pocos cientos de metros había una rejilla de ventilación rectangular en el techo, que, igual que la vidriera de una catedral, dejaba entrar suaves columnas de luz. Inicé un tranquilo paseo por el centro de Manhattan sin ver un alma, como si fuera un sueño.

Hacia la mitad del trayecto encontré un enorme mural de unos treinta metros de longitud pintado por un artista llamado Freedom, igual que el túnel. Me situé en el muro opuesto a admirar la pintura, que parecía temblar bajo la luz. En aquel momento sopló una suave brisa y pude oír el rumor lejano de los coches en la autopista del West Side mezclándose con el canto de los pájaros del parque.

Entonces vi al fondo del túnel la luz gigantesca de un tren que avanzaba hacia mí. Pegando la espalda a la pared, sentí un temblor bajo los pies y, de repente, hubo un destello, un viento huracanado y un rugido que me provocó una vibración entre las costillas. No corría ningún peligro real —entre las vías y yo había al menos cuatro metros de separación—, pero, mientras estaba allí



agazapado, mi cuerpo entero se estremeció y mi cerebro funcionaba a toda máquina.

Al salir del túnel aquella primera tarde y trepar una valla cerca del río Hudson, mi relación con la ciudad había empezado a cambiar. En la superficie seguía una y otra vez la misma ruta del trabajo a casa, un estrecho sendero de experiencias sensoriales; en el túnel rebasé esos límites y conecté con la ciudad de una manera nueva y visceral. Sentí que había despertado de golpe, como si estuviera viendo Nueva York por primera vez.

Bajar al subsuelo y adentrarme en el cuerpo de la ciudad se convirtió en una manera de demostrarme a mí mismo que Nueva York era mi sitio, que conocía la ciudad. Me gustaba poder hablar con amigos nacidos y criados en Manhattan de antiguas criptas situadas debajo de su barrio que ellos desconocían. En los callejones subterráneos me gustaba ver texturas que eran invisibles para

la gente de la superficie: viejos grafitis, grietas en los cimientos de los rascacielos, mohos exóticos cubriendo las paredes y periódicos de hacía décadas amontonados en fisuras ocultas. Nueva York y yo compartíamos secretos; estaba curioseando en cajones ocultos, leyendo cartas privadas.

Una noche, cerca del Brooklyn Navy Yard, Steve colocó unos conos naranjas alrededor de una alcantarilla y, utilizando un gancho de hierro, levantó la tapa, que dejó salir una columna de vapor. Bajamos agarrándonos a los viscosos escalones hasta el colector; tenía unos cuatro metros de altura y en el centro borboteaba un agua verdosa. El aire era caliente y se me empañaron las gafas inmediatamente. Al poco empecé a tener dudas. Del techo colgaban hilos pegajosos de bacterias, conocidos afectuosamente como «mocos congelados», pero el colector era menos repulsivo de lo que esperaba. El olor era más terroso que fecal, como un viejo cobertizo lleno de fertilizante. Apuntamos con las linternas hacia unos montones de fango margoso que recordaban a bancos de arena en un río y en los que crecían diminutos brotes de setas albinas. Durante la temporada de migración, las anguilas surcaban aquellas aguas.

Según me contó Steve, con el caudal verde se mezclaba el arroyo de Wallabout, un viejo canal que desembocaba en Wallabout Bay, donde actualmente se encuentran los astilleros navales. En un mapa de 1766 podía verse el arroyo, pero, a medida que creció la ciudad, desapareció bajo tierra.

En la superficie, Nueva York para mí era un animal primitivo aunque exuberante: retumbando y gruñendo, escupiendo vapor y vomitando multitudes por sus varios orificios. Pero, allí abajo, con uno de sus ancestrales riachuelos fluyendo alrededor de mis pies, la ciudad parecía serena, incluso vulnerable. Era una sensa-



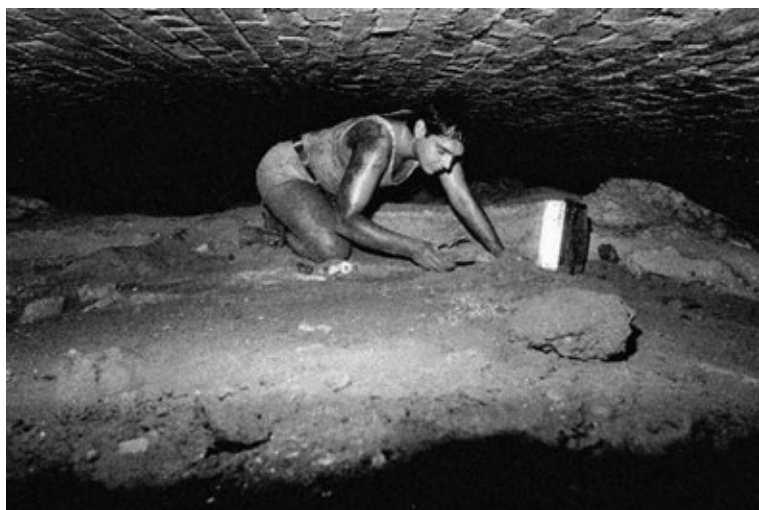
ción de intimidad rayana en la vergüenza, como ver a alguien durmiendo.

Eran pasadas las tres de la mañana cuando volvimos a subir por la escalera y notamos el vigorizante aire frío al salir por la alcantarilla. Justo en ese momento, un joven ciclista hizo un viraje para esquivarnos. Después frenó y dio media vuelta.

—¿Quiénes sois? —preguntó casi sin aliento.

Steve se irguió e hinchó el pecho como si estuviera sobre un escenario, echó la cabeza hacia atrás y recitó unos versos del poema *Un riachuelo en la ciudad*, de Robert Frost:

*El riachuelo fue enterrado
en una mazmorra bajo la piedra
en la oscuridad fétida para seguir viviendo y corriendo.
Y todo cuanto había hecho fue para nada,
excepto olvidar marcharse con miedo tal vez.*



Con cada viaje al subsuelo, la ciudad se abría ligeramente y desvelaba otro secreto, lo suficiente para arrastrarme un poco más a las profundidades. Iba en el metro con una libreta, mirando por la ventana y anotando la ubicación de algunas aberturas en las paredes que podían conducir a andenes abandonados, o «estaciones fantasma», como las llaman los grafiteros. Seguía las rutas de los riachuelos subterráneos y buscaba lugares en los que pudiera pegar la oreja a una rejilla y oír agua borboteando bajo la superficie. Tenía el armario lleno de botas de pescador y ropa manchada de barro, y en todo momento llevaba una linterna frontal en la mochila. Empecé a moverme cada vez con más lentitud y me detenía a observar respiraderos, alcantarillas y fosas de construcción para intentar encajar las piezas de las entrañas de la ciudad. Mi mapa mental de Nueva York empezaba a parecer un arrecife de coral salpicado de surcos ocultos, pasajes secretos y pozos invisibles.

Durante un tiempo recorrí la ciudad en una especie de delirio, imaginando que cada alcantarilla, cada escalera oscura y cada trampilla que veía en la calle era un portal a otro sustrato. Descubrí una casa de piedra rojiza en Brooklyn Heights igual que cualquier otra en aquella manzana, pero la puerta estaba hecha de acero industrial y tenía las ventanas tapiadas: era un conducto de ventilación camuflado que conducía al metro. En Jersey Street, en el SoHo, encontré una vieja alcantarilla que daba a un anticuado túnel de agua llamado Acueducto Croton, donde, en 1842, cuatro hombres pilotaron una pequeña balsa de madera llamada *Croton Maid* en una odisea subterránea de sesenta y cinco kilómetros en una oscuridad absoluta desde las montañas de Catskill hasta Manhattan. Debajo de Atlantic Avenue, en Brooklyn, visité un túnel ferroviario que había sido abandonado en 1862 y olvidado por la ciudad hasta 1980, cuando Bob Diamond, un joven de diecinueve años, bajó por una alcantarilla y descubrió el gigantesco y resonante hueco (el hallazgo provocó una breve e intensa fascinación y los fotógrafos se apresuraron a captar imágenes del joven Bob arrastrándose por el túnel perdido). En una isla del Bronx me uní a un grupo de cazadores de tesoros en busca de un fajo de billetes que supuestamente había enterrado allí el hombre que secuestró al bebé de Charles Lindbergh a cambio de un rescate. Seguí rumores de ciertos nichos ocultos en la línea de metro, donde en los muros había pintadas con un siglo de antigüedad, espacios tan intactos y olvidados que, si alzabas la voz, caían cascadas de arena del techo. Busqué un viejo edificio en el Midtown donde en el subsótano supuestamente había un agujero en el suelo que daba a un río, alrededor del cual se sentaban ancianos durante el día para pescar truchas. Contaba tan a menudo esas historias que mis amigos se cansaron de ellas, igual que pro-

testaban cuando, al pasear por la ciudad, intentaba explicar lo que teníamos bajo los pies en todo momento, pero no podía evitarlo.

Así que descendía, corriendo riesgos que me sorprendían incluso a mí. A altas horas de la noche ignoraba el cartel de NO ENTRAR NI CRUZAR LAS VÍAS situado al final de un andén, me escabullía por la pasarela y saltaba a las vías, donde todo estaba oscuro y las noches de verano hacía tanto calor que parecía un horno. Al principio bajaba con mi primo Russell. Medio corriendo en la oscuridad, notábamos el aire arremolinándose y luego un temblor subsónico bajo los pies. «Se acerca un tren», susurrábamos. Oíamos las vías acoplándose y en la curva veíamos un faro gigantesco que iluminaba la pared del túnel. Entonces nos encaramábamos a la pasarela y nos metíamos en el hueco de una salida de emergencia mientras pasaba el tren levantando una ráfaga de viento tan intensa que podía derribarte. Pronto empecé a bajar en solitario para emprender excursiones impulsivas e improvisadas. Esperando en un andén de madrugada después de una fiesta o una larga noche en la biblioteca, veía el tren, pero en el último segundo decidía dejarlo pasar y lo seguía por el túnel oscuro. Algunas veces escapé por poco y me llevé moratones, vi chispas azules que salían despedidas de la ruedas y el estruendo de un tren me dejaba sordo temporalmente. A altas horas de la noche volvía a casa aturdido, con las mejillas manchadas de virtutas de acero y sintiéndome a la vez consciente y aturullado, como si acabara de despertar de un sueño.

Una noche, un conductor de tren me vio en los túneles y al llegar al andén había dos agentes de policía esperándome. Eran dos dominicanos jóvenes, uno bajo y gordo y el otro alto y delgado. Me agarraron de los brazos, me empujaron contra la pared y



vaciaron el contenido de mi mochila en el suelo. Pese a tener todos los motivos para arrestarme, al final me dejaron marchar. Nervioso, me senté en un banco en la calle, sintiéndome estúpido y plenamente consciente de que, si no fuera un hombre blanco, ya estaría esposado. Incluso entonces, de camino a casa, fui parándome por la calle a mirar rejas y alcantarillas.

En los estratos más oscuros encontré a los Topos, hombres y mujeres sin hogar que vivían en los recovecos y criptas ocultos de la ciudad. Una noche, acompañado de Steve, Russell y otros exploradores urbanos, conocí a una mujer llamada Brooklyn que llevaba treinta años viviendo bajo tierra. Tenía marcas en la cara y una mata de rastas. Su hogar, que ella llamaba «iglú», era un hueco escondido en los aleros del túnel y equipado con un colchón y algunos muebles torcidos. Era el cumpleaños de Brooklyn y nos pasamos una botella de whisky mientras ella entonaba un popu-

rrí de canciones de Tina Turner y Michael Jackson, y durante un rato nos reímos todos. Pero, de repente, algo se desató, los cánticos de Brooklyn dieron paso a un lenguaje incomprensible y empezó a ver cosas que no estaban allí. Entonces volvió su pareja —curiosamente, también se llamaba Brooklyn— y ambos discutieron y gritaron en la oscuridad.

Con el tiempo dejé de hablar de mis viajes subterráneos con amigos y familiares, ya que cada vez me resultaba más difícil responder a sus preguntas: ¿qué estaba buscando allí abajo?

—Voy a enseñarte una cosa —anunció Steve una noche—, pero tienes que prometerme que no dirás ni una palabra a nadie.

Eran más o menos las dos y salíamos de una fiesta en algún lugar de Brooklyn. Steve me llevó a una estación de metro y lo seguí de cerca por la pasarela hasta que desapareció repentinamente en la oscuridad. Hasta que oí su voz no me di cuenta de que se había colado en un portal oculto en la pared. Al otro lado había un hueco oscuro. Era uno de los espacios vacíos del metro de Nueva York, una cavidad enorme y reverberante separada de la vida cotidiana por una membrana muy fina, pero, aun así, completamente invisible.

Steve me llevó al centro de la sala y enfocó el suelo con la linterna. Era una cuadrícula rectangular de baldosas de cerámica de unos dos metros por uno cubiertas de polvo. Soplamos las baldosas y el polvo formó una nube. Entonces vi una representación del mapa del metro de Nueva York, el que hay en las paredes de todas las estaciones de la ciudad, con las toscas siluetas beis de Brooklyn y Manhattan y las líneas cruzando el azul pálido del río Este. Pero, en lugar de los puntos de referencia habituales, el

mapa solo mostraba los lugares invisibles. Los exploradores urbanos más veteranos de Nueva York, que habían pasado años infiltrándose en la ciudad, habían pegado fotografías al mapa en las que aparecía la ubicación de un sumidero, un acueducto, una estación fantasma u otro lugar inaccesible. Cuando me agaché a estudiar aquel atlas invisible, a su vez oculto en un lugar invisible, estaba eufórico: era un santuario a todo lo que había buscado durante años explorando el subsuelo de Nueva York. Y, al mismo tiempo, me sentí extrañamente alejado de esa euforia, como si emanara de una parte de mi mente que no conocía del todo.

En ese momento, rodeado de polvo bajo la ciudad, empecé a darme cuenta de lo poco que entendía mi conexión con el subsuelo y, es más, lo poco que entendía la relación del ser humano con ese paisaje, que se remonta a los más tenues destellos de nuestra historia.

Una vez, paseando por la Toscana, Leonardo da Vinci recorrió una zona rocosa y encontró la entrada de una cueva. Al situarse a la sombra del umbral, notó una brisa fresca en la cara y, contemplando la oscuridad, sintió que se hallaba en un *impasse*. «Afloraron en mí dos emociones contrarias», escribía más tarde. «Miedo y deseo: miedo de la caverna amenazante y oscura y deseo de ver si contenía cosas maravillosas».

Hemos vivido entre cuevas y huecos subterráneos desde que existen los humanos y, durante todo ese tiempo, esos espacios han evocado en nosotros emociones viscerales y desconcertantes. Los psicólogos evolutivos afirman que ni siquiera nuestras relaciones ancestrales más arcaicas con los paisajes desaparecen del todo, que pasan a formar parte de nuestro sistema nervioso y se manifiestan en instintos inconscientes que siguen gobernando nuestra conducta. El ecologista Gordon Orians llama a esos im-



pulsos vestigiales «fantasmas evolutivos de entornos pasados». En mis excursiones por el subsuelo neoyorquino, cada vez que me asomaba a la entrada de un túnel oscuro o a la boca de una alcantarilla estaba escudriñando impulsos fantasma heredados de mis antepasados, que hace mucho tiempo se agachaban a la entrada de cuevas oscuras para decidir si entraban o no.

En el subsuelo somos alienígenas. La selección natural nos ha diseñado —en todos los sentidos imaginables, desde nuestras necesidades metabólicas hasta la anatomía cristalina de nuestros ojos y las estructuras gelatinosas de nuestro cerebro— para permanecer en la superficie y no ir bajo tierra. La «zona oscura» de una cueva —el nombre que otorgan los científicos a las partes de

una cueva situadas más allá de la «zona crepuscular», que está al alcance de la luz difusa— es la casa encantada de la naturaleza, un depositario de nuestros miedos más arraigados. Alberga serpientes que descienden desde el techo, arañas del tamaño de un chihuahua o escorpiones con una cola punzante, criaturas que evolutivamente estamos programados para temer porque mataban con mucha frecuencia a nuestros antepasados. Hasta hace unos 15.000 años, cuevas de todo el mundo eran el hogar de osos, leones y dientes de sable. Es decir, durante toda la existencia de nuestra especie, salvo por el último pestañeo, cada vez que encontrábamos la entrada de una cueva nos preparábamos para que un monstruo devorador de hombres se abalanzara desde la oscuridad. Incluso hoy, cuando miramos al subsuelo, sentimos un miedo titilante a la presencia de depredadores en la oscuridad.

Desde que evolucionamos para vivir en la sabana africana, donde cazábamos y buscábamos comida a plena luz del día y donde los depredadores nocturnos nos acechaban por la noche, la oscuridad siempre nos ha inquietado. Pero la oscuridad subterránea —en «el ciego mundo», como lo llamaba Dante— es suficiente para que todo nuestro sistema nervioso se desmorone. Los pioneros de la exploración espeleológica en la Europa moderna imaginaban que una estancia prolongada en la oscuridad subterránea podía desarmar permanentemente su psique, tal como afirmaba un escritor del siglo xvii al adentrarse en una cueva de Somerset, Inglaterra. «Empezó a darnos miedo visitarla», afirmaba, «por si, entrando juguetones y alegres, salíamos tristes y pensativos y no se nos veía reír mientras viviéramos en este mundo». Lo cual, en cierto modo, ha resultado ser cierto, ya que los neurocientíficos han demostrado los muchos sentidos en

que una inmersión prolongada en la oscuridad absoluta puede desencadenar aberraciones psicológicas. En los años ochenta, durante una expedición a la gruta de Sarawak, en el parque nacional Mulu, en Borneo, un espeleólogo entró en una caverna gigantesca —con capacidad para diecisiete campos de rugby, una de las más grandes del mundo— y perdió la ubicación de la pared de piedra. Mientras atravesaba una oscuridad interminable, el espeleólogo cayó en una especie de conmoción letárgica y sus compañeros tuvieron que sacarlo de allí. Los espeleólogos llaman «el arrebato» a esos ataques de pánico provocados por la oscuridad.

La sensación de encierro también nos vuelve volátiles. Verse atrapado en una gruta subterránea, incapaz de mover las extremidades, sin luz y apenas oxígeno, puede ser la madre de todas las pesadillas. Séneca, el filósofo de la antigua Roma, describía en una ocasión a un grupo de buscadores de plata que se adentraron en las profundidades del planeta, donde encontraron fenómenos «que los hicieron temblar de horror», entre ellos la presión física de una masa de «tierra que se cernía sobre sus cabezas». Era una sensación de la que se hacía eco Edgar Allan Poe, el laureado poeta de la claustrofobia, que escribía sobre el encierro bajo tierra: «Ningún hecho está tan terriblemente bien adaptado para inspirar la supremacía de la inquietud corporal y mental [...] La opresión insoportable en los pulmones, los asfixiantes vapores de la tierra húmeda, el aferrarse a las prendas de la muerte, el rígido abrazo de la casa estrecha, la negrura de la noche absoluta, el silencio como un mar que abruma...». En un espacio subterráneo sentimos, si no una tormenta de pánico, sí un escalofrío que refleja que algo no va del todo bien al imaginar los techos y las paredes aprisionándonos.

En última instancia, lo que más tememos es la muerte; todas nuestras aversiones por la zona oscura se conjugan en el miedo a nuestra mortalidad. Nuestra especie ha enterrado a sus muertos en las zonas oscuras de las cavernas desde hace al menos 100.000 años, según los descubrimientos realizados en la cueva de Qafzeh, en Israel, y nuestros antepasados neandertales desde mucho antes. En tradiciones religiosas de todo el mundo, las descripciones del reino de los muertos reflejan las zonas oscuras de las cuevas, donde sombras incorpóreas deambulan por una oscuridad sin márgenes. Incluso las culturas que ocupan paisajes sin cuevas y no entran en contacto con el espacio subterráneo físico —los pueblos del desierto del Kalahari o las llanuras siberianas— narran mitos sobre un cosmos vertical en el que un reino subterráneo está atestado de espíritus. Cada vez que cruzamos el umbral de una cueva sentimos una premonición de nuestra futura muerte, es decir, nos enfrentamos a algo que la selección natural nos ha llevado a evitar.

Y, sin embargo, cuando nos asomamos al borde del subsuelo, descendemos. Aquel día en la Toscana, Leonardo da Vinci se adentró en la penumbra (en las profundidades de la zona oscura descubrió incrustado en la pared el fósil de una ballena, que lo obsesionaría e inspiraría el resto de su vida). Casi todas las cuevas accesibles del planeta contienen las huellas de nuestros antepasados. Los arqueólogos se han arrastrado por pasadizos cenagosos en las cuevas de Francia, han nadado en largos ríos subterráneos en Belice y han recorrido kilómetros en las cuevas calizas de Kentucky. En todas partes han hallado restos fosilizados de pueblos ancestrales que descendieron por aberturas rocosas en la tierra e iluminaron el camino con antorchas de pino o candiles. Allí, nuestros antepasados encontraron un lugar extraño, totalmente

alejado de lo que conocían en la superficie: un mundo más oscuro que la noche donde el eco retumbaba y las estalagmitas, cual dientes monstruosos, se elevaban desde el suelo. El viaje a la zona oscura bien podría ser la práctica cultural más antigua de la humanidad y las pruebas arqueológicas se remontan a varios cientos de miles de años, antes incluso de la existencia de nuestra especie. Ninguna tradición, escribe el mitólogo Evans Lansing Smith, «nos une más como seres humanos que el descenso al inframundo».

Y, de este modo, cuando empecé a diseccionar mi interés por el Nueva York subterráneo, me vi envuelto en un misterio mucho más grande, antiguo y universal. Pese a la lógica evolutiva más básica, a los peligros subterráneos inmediatos, al coro de temores



arraigados que nos empujan a quedarnos en la luz e incluso a la evocación visceral de nuestra propia muerte, sentimos un impulso, enterrado en el núcleo de nuestra psique, que nos arrastra a la oscuridad.

Durante años viajé mucho, alternando entre Nueva York y rincones apartados del mundo y siguiendo todos los hilos de nuestra enmarañada relación con el paisaje subterráneo. Después de los pasadizos húmedos que discurren por debajo de las ciudades modernas me interné en espacios más antiguos y salvajes y finalmente en la oscuridad ancestral de las cuevas naturales. En todos los casos me guió otro devoto del subsuelo, una encarnación de Hermes, que conocía íntimamente el submundo y viajaba sobre y bajo la superficie.

«Bajar al sótano es soñar», escribía el filósofo Gaston Bachelard en *La poética del espacio*. «Es perderse en los lejanos pasillos de una etimología oscura buscando tesoros que no pueden hallarse en las palabras». Cuando estudiaba nuestra relación con el subsuelo en la mitología, la historia, el arte, la antropología, la biología y la neurociencia, encontré un símbolo que resultaba desconcertante en su amplitud, un paisaje tan elemental para la experiencia humana como el agua, el aire o el fuego. Vamos bajo tierra a morir, pero también a renacer, a salir del útero de la Tierra. Tememos el subsuelo y, sin embargo, es nuestro primer refugio en momentos de peligro; oculta tesoros de un valor incalculable junto a residuos tóxicos. El subsuelo es el reino de la memoria reprimida y la revelación luminosa. «La metáfora del subsuelo», escribía el académico David L. Pike en su libro *Metropolis on the Styx*, «puede ampliarse para incluir toda la vida en la Tierra».

Ser consciente de los espacios que existen bajo nuestros pies es sentir cómo se despliega el mundo. Al pensar en los túneles y cuevas del subsuelo físico armonizamos con todas las fuerzas invisibles que conforman nuestra realidad. Nuestra conexión con lo subterráneo abre una puerta a las cámaras inescrutables de la imaginación humana. Bajamos para ver lo invisible; vamos en busca de una iluminación que solo podemos encontrar en la oscuridad.